

**Infanta Beatriz Estreno de
"Es más fácil soñar"**

UNA buena comedia puede hacerse con nada; por ejemplo, con las hormonas sublevadas de una solterona provinciana, con los proyectos de envenenamiento de unos cuantos chiflados e incluso con un cura casamentero. La materia de una comedia, repito, puede ser casi nada, siempre que el arte lo sea todo. Y aunque el material se quede en pura bagatela, el artista tiene que emplearse a fondo, como dicen en la jerga de los deportes, con todo rigor, como si fuera a escribir «La vida es sueño». Porque si la materia no es nada, o es casi nada, y el arte es nulo, la comedia es un desastre.

El señor Aleixandre, sin duda a causa de su juventud, no ha aprendido todavía lecciones de rigor. El encontró un par de temas que andaban por ahí en desuso, olvidados; le parecieron utilizables y construyó un primer acto topiquero que, sin embargo, en sus últimas palabras encierra una promesa. Bueno, piensa uno; a

ver si la cumple. Pero el segundo acto trae consigo la amarga hiel del desengaño, no para la provinciana de las hormonas solamente, sino ante todo para el espectador. Es como si un músico anunciase un tema en la obertura y luego se saliese por peteneras. Porque el proyecto de envenenamiento, que es en lo que consiste la promesa, está luego soslayado, se queda en alusiones, y, lo que es peor, en alusiones serias. Habiendo planteado la comedia en pura broma, se empeña en que los personajes se humanicen y sean personas de verdad. Pero, ¿a qué se debe esta falta de valentía de la mayor parte de nuestros comediógrafos jóvenes? ¿A qué diablos de prejuicios obedece esta falta de fidelidad a sus propios supuestos? Porque si una comedia comienza en pura farsa, dejémosla que ella sola camine hacia el final sin abandonar los caminos de la farsa; pero esto de arrepentirse y pretender que tomemos en serio al cura casamentero, y a la soltera de las hormonas, y a los parientes envenenadores, y a la criada impertinente, no. Y, lo que es peor, no hay derecho a que unos personajes intenten redimirse y hacerse humanos, mientras que otros permanecen en su ser grotesco de cartón piedra. Ciertamente el teatro prodigador y palabrero está destruyendo, una vez más, cualquier tímida posibilidad, cualquier intento de los más jóvenes. Y la técnica de ese teatro, ese truco de presentar no acciones, sino consecuencias de acciones (me refiero, en este caso y por ejemplo, al beso que da el personaje Ricardo al personaje Mara; beso del que se habla, pero que no hemos visto por ningún lado), acabará reduciendo el movimiento escénico a la conversación de unas cuantas personas sentadas en un tresllo y un par de sillas adicionales. Más acción presente y menos acción supuesta. El escenario es para que pasen cosas en él, no para que se comenten.

La comedia fué aplaudida y el autor salió a saludar al final de los tres actos. Se debe en muy buena parte a la excelente interpretación, en la que sobresalió Catalina Bárcena, dueña de su arte. Irene Caba no fué muy afortunada en su papel y no pudo desarrollar sus mejores trucos. Completaban el reparto Antonio Prieto, Elena Cozar, Encarnita Paso, Ricardo Arévalo, Amalia Rodríguez—verdaderamente afortunada—, Irene Gutiérrez Caba (que se fije, por favor, en la palabra «perspectiva») y José Sancho Esterling. El decorado, sobre bocetos de Viudes, de gran propiedad.